

El amigo habanero

EL PRIMER ENCUENTRO CON JESÚS DÍAZ SE PRODUJO EN una feria de libros, no sé si en Frankfurt o en el Liber; venía acompañado por el director de la oficina cubana de derechos de autor, creo recordar que era Jorge Timossi. La verdad es que fue uno de esos encuentros con aire entre profesional y oficial y sólo me quedé con un rostro que no olvidaría y una extraña sensación de calidez en medio de aquel ajeteo.

El segundo encuentro —creo que, entre medias, nos llegamos a ver en la sede de Alfaguara; quizá fuera entonces cuando me entregara sus dos libros primeros, que aún conservo— fue en La Habana. Entonces di con un compañero de caminata estupendo e hicimos un recorrido largo y moroso, visitando lugares tan disímiles como la Universidad (en un patio un grupo musical ensayaba una canción con el estribillo «caimán no come caimán»), la casa de Lezama, los mil rincones de La Habana vieja, El Vedado y hasta la plaza donde Fidel reunía a las masas para arengarlas interminablemente; en fin... horas de paseo habanero. Y de aquel viaje recuerdo sobre todo discusiones que me llevaron a la convicción de estar hablando con el poseedor de una de las miradas más inteligentes e independientes que yo había encontrado acerca de la situación de Cuba, por sí misma y en el contexto latinoamericano. Y no era sólo mi opinión.

La vez siguiente, Jesús Díaz ha dejado Cuba, lo que quienes ya éramos sus amigos por aquí estábamos esperando que sucediera en cualquier momento. Es la época de una primera busca de ubicación en España precedida por su estancia en Berlín como profesor de cinematografía. Hubo una posibilidad acá, cuando la Escuela de Letras podía ayudarlo mínimamente y en el mundo del cine surgían las primeras posibilidades. Para entonces yo había editado en Alfaguara *La iniciales de la tierra*, que tengo por un libro admirable, un ejercicio de lucidez eminentemente literario y eminentemente honesto. El autor de esta novela era el mismo tipo inteligente e independiente que me admiró en La Habana, sólo que ahora estaba en precario y

estigmatizado tanto por un bando de cubanos como por el otro. Sólo él conoce el coraje que hay que tener para buscarse un sitio y reencontrarse con la gente en una situación como esa, pero lo hizo.

Y después las cosas iban, en la amistad y en la vida, como si fuera madrileño. No lo era, aunque tenía esa capacidad de adaptarse a los sitios para disfrutar de las cosas y de adaptarse a la gente para entenderse con ella. Era habanero y yo que recorrí La Habana con él creo que sé cómo y cuánto. Por eso cuando su muerte nos cogió de vacaciones dos hechos me conmovieron: el uno, que murió plácidamente sin inquietar a nadie; el otro: que a pesar de un Madrid vacío, dos o tres alumnos, su agente y su editor actual y, claro, la familia, los compatriotas: Soledad y algunas presencias en el crematorio de la ciudad abandonada. Cualquiera diría que se trataba de una emotiva y precaria escena final de la historia de un exilio. Imagino la escena que él hubiera querido filmar.

Era un novelista excelente, entregado, consciente, sumamente honesto consigo mismo y con la literatura, como lo fue con su país. Sus amigos lo queríamos como amigo entrañable y hombre valeroso. Murió lejos de La Habana, es cierto, pero sus novelas volverán a Cuba por él.